

La inquietante presencia del intruso. Una reflexión sobre el racismo y la cuestión del otro en antropología.

Omar Ferretti.

Cita:

Omar Ferretti (2018). *La inquietante presencia del intruso. Una reflexión sobre el racismo y la cuestión del otro en antropología*. Material de lectura y discusión para uso interno de la cátedra: Introducción a la Problemática Antropológica.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/of/5>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcks/TGw>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La inquietante presencia del intruso. Una reflexión sobre el racismo y la cuestión del otro en antropología

Por: Omar Ferretti

*Los otros, los extranjeros, los bárbaros,
aquellos que llaman la atención -por su aspecto
físico o por sus costumbres- e inspiran temor.
Roger Bastide*

A los grupos humanos siempre les ha costado concebir la idea de la unidad en la diversidad cultural. Ante la inquietante irrupción del otro, lo primero que sentimos es asombro, puesto que sus formas de vida, sus prácticas cotidianas y sus maneras de concebir el mundo nos resultan, la mayoría de las veces, extrañas e incomprensibles a nuestro particular y etnocéntrico punto de vista.

Ahora pues, descendamos y confundamos allí su lengua, para que ninguno entienda el habla de su compañero. Así explica el mito de la Babel Bíblica la confusión que produce el final del reinado de una lengua única. Es por eso que el intruso asombra y a menudo nos hace "ruido". No obstante, ello no impide que del asombro podamos pasar a la curiosidad, y de allí a la necesidad o deseo de establecer algún tipo de vínculo. De hecho, en la larga historia de nuestra especie, las alianzas entre grupos humanos culturalmente diferentes han sido más bien la regla que la excepción.

Pero también, y no menos frecuentemente, esa curiosidad se puede trastocar en desprecio, a tal punto de considerar al otro como inferior, o poco digno de compartir con nosotros el mismo mundo social. Así, el descubrimiento de ese otro cultural, se percibirá como una maldición que destroza con su sola presencia nuestras cómodas murallas de papel maché. Sobre esta cuestión, Castoriadis escribía con extrema lucidez:

A los sujetos de determinada cultura no les resulta igual comer carne de cerdo, o no, cortar la mano a los ladrones, o no; si así fuera, todo se volvería indiferente, lo cual implicaría tener que tolerar en los otros lo que para ellos es abominable (1993: 34).

De este modo, el intruso estará siempre acechando en el umbral de nuestras frágiles murallas. Por tal motivo, todo aquel que siga costumbres que no sea las nuestras será considerado un enemigo, o por lo menos, un ser inficionado y poco confiable, sospechoso de encarnar el mal. De acuerdo con el escritor Ricardo Piglia, las tradiciones dominantes construyen dos límites para defenderse de los extraños: en una de estas fronteras, la diferencia se convierte en

señal de amenaza, en la otra en un enigma indescifrable. Como dos hebras de una misma urdimbre, dichos trazos se entrecruzarán para ir tejiendo una imagen negativa del otro.

Feos, sucios y malos

Cornelio Tácito, historiador y gobernador del imperio romano, jamás pudo esgrimir una sola razón que explique su manifiesta animosidad contra el pueblo judío; simplemente le molestaba lo raros que eran:

Consideran profano todo lo que nosotros tenemos por sagrado, y todo lo que nosotros aborrecemos por impuro es para ellos lícito (...) son raros ya que se abstienen de comer carne de cerdo, no ponen levadura en el pan, se circuncidan para diferenciarse, entierran a los muertos y no veneran a nuestros Césares (Eco, U., 2013: 16).

Además de seguir otras costumbres, el otro suele distinguirse por su ordinaria fealdad. En el comienzo de la novela "En la sangre" (1887), su autor, Eugenio Cambaceres, describe el tipo físico de un napolitano recién llegado a la Argentina. En su descripción, ya se encuentra implícito un juicio condenatorio que vincula el tipo racial con las características morales del sujeto:

De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitres se acusaba (1967: 13).

Diferenciado por su fealdad y por su dudosa moralidad, al intruso también se lo identificará por un olor característico. Así, para el médico higienista José M. Ramos Mejía, a los hijos de los inmigrantes que nacían en la Argentina, se los podía reconocer aunque estuvieran camuflados en sus distinguidos trajes de médicos, abogados o periodistas, incluso después de varias generaciones, por su "olorcillo picante a establo y a parva fermentada" (2012: 215).

"La sociedad no existe"

Después de la segunda crisis del petróleo de 1979, Margaret Thatcher, por entonces, primera ministra del Reino Unido, sorprendió al mundo con la siguiente declaración: "no existe la sociedad, tan sólo hay individuos".¹ De allí en más, el reino del individualismo más competitivo y salvaje se instaló hasta nuestros

¹ "No hay tal cosa como la sociedad, hay hombres, hay mujeres, y hay familias" (https://www.bbc.com/mundo/noticias/2013/04/130408_margaret_thatcher_muerte_citas_gtg).

días, y junto con él, la moral calvinista del mérito que anuncia que “cada quien merece la posición que ocupa”. De acuerdo con dicha moral, todos somos los responsables de nuestra suerte, incluso aquellos que sufren las desigualdades más flagrantes.²

Legitimada por los “próceres” de la escuela de Chicago, la citada frase desgarró hasta hacer trizas el lazo de fraternidad previo que toda sociedad necesita para creer en un proyecto y un destino en común. Como ya lo había hecho notar Durkheim en la “División del Trabajo Social”:

Para que los hombres se reconozcan y garanticen mutuamente derechos, es preciso que se quieran, que, por alguna razón, se aprecien unos a otros y que aprecien una misma sociedad de la que forman parte” (Dubet, F., 2015: 45).

En este nuevo contexto, la gente empieza a desconfiar de todo el mundo y no se reconoce en la sociedad civil. La solidaridad, es decir, el sentimiento profundo de participar en la misma sociedad, parece esfumarse. Surge así, una nueva modalidad de ensimismamiento: el otro, cualquier otro, se volverá un extraño que está ocupando un lugar que no le pertenece, o un impostor que se hace pasar por algo que no es.

Extranjera en su propia tierra

A propósito de impostores e imposturas, me gustaría plantear aquí una pregunta no exenta de ironía: ¿a quién se le ocurre ser negra y afrodescendiente en un país de “europeos y blancos” como el nuestro?

María Magdalena Lamadrid, más conocida como “La Pocha”, es una ciudadana argentina, afrodescendiente de quinta generación que vive en Buenos Aires y es presidenta de la ONG “África Vive”. Hace unos años, esta mujer fue demorada en aeroparque a pesar de que tenía todos los documentos en regla. Cuando preguntó cuál era la causa de la injustificada demora, los funcionarios del aeropuerto le respondieron: *es que su pasaporte dice que usted es ciudadana*

² Una vez alguien bromeó en un programa de televisión: “los seres humanos tienen alma, los economistas no”, y los consejos de algunos expertos en esa disciplina – como los que da el Dr. Germán Fermo, director de la Maestría en Finanzas de la Universidad Torcuato Di Tella- parecen darle la razón: “Si no te gusta tu salario, ¿por qué no te conseguís un trabajo mejor? ¿Conseguiste un nuevo trabajo y te pagan el mismo salario que en el anterior? Entonces no te quejés: ese es tu salario de equilibrio. ¿Querés ganar más? Estudiá, mejorá, innová, enriquecé tu capital humano”. (<https://www.youtube.com/watch?v=rg4iUKwf7FA>).

argentina, y en *Argentina no hay negros* (Villalpando, W., 2005: 124).

La historia que vivió nuestra compatriota María Magdalena Lamadrid en aeroparque nos sirve no sólo para interpelar los estereotipos de identidad y ciudadanía que hemos construido y alimentado desde Caseros para acá, sino también para repensar el concepto de extranjería. En efecto, este último rebasa los límites jurídicos. Se puede ser extranjero teniendo todos los papeles y siendo un ciudadano con todos los derechos y obligaciones que esto implica. Como afirma el antropólogo Alejandro Grimson:

Uno puede sentirse extranjero con documentos, extranjero en su propia tierra o extranjero en tierras que atraviesa como ciudadano (...) Cuando uno se siente extraño "en casa", no se trata de una cuestión legal o jurídica, sino más bien simbólica: la pertenencia (2009: 13).

Cuando el otro es "portador de rostro"

Algunos otros parecen ser más extraños que otros, poseen el "physique du rol" que los condena de antemano como sospechosos e intimidantes para una sociedad que se siente cada vez más amenazada. Aparentemente, no hay nada que pueda hacerse contra este estigma. Artero y desconfiado, el fantasma de Césare Lombroso sigue señalándolos con su dedo acusador³.

El arsenal de términos racistas se ha transformado al igual que lo ha hecho la sociedad. Para las clases más acomodadas de la Argentina de ayer eran "cabecitas negras"⁴; para las clases mejor acomodadas

³ Cesare Lombroso (1835 – 1909) fue un psiquiatra italiano representante del positivismo criminológico. Según su pensamiento, el criminal nato o en potencia podía reconocerse "por su anatomía, tomando en cuenta caracteres tales como la falta de simetría, tamaño pequeño de la cabeza, tamaño exagerado del rostro, frente baja y estrecha, orejas grandes, ausencia de calvicie, piel más oscura, ojos fuera de sus órbitas, o aspectos tales como no sonrojarse, lo cual era considerado como un claro indicio de criminalidad" (cit. en Mazzettelle y Sabarots, 2010: 342). Como residuo malicioso, la teoría lombrosiana goza todavía de gran popularidad en las escuelas de cadetes de policía y en buena parte del imaginario social.

⁴ *Carduelis magellanica* es el nombre científico que recibe un jilguero que habita en Sudamérica; dicha ave es popularmente conocida como *cabecita negra*, por presentar, precisamente, esa particularidad en su cuerpo. En la década de 1940, el término comenzó a ser utilizado por la burguesía argentina -a modo de burla y desprecio- para apodarar a los migrantes internos que provenían de las zonas rurales del norte argentino y que se trasladaban masivamente a los grandes centros urbanos para trabajar en las fábricas. El estereotipo hacía alusión a las características físicas de estos "intrusos" de cabello negro y tez morocha que - según la percepción de los sectores más favorecidos

de la Argentina de hoy son “mutantes”, sobre todo si se trata de jóvenes que usan gorritas como distintivo de pertenencia⁵.

Paradójicamente, cuanto más se combate al racismo, más malicioso y virulento se vuelve. Si ahora el otro es un “mutante”, se lo podrá convertir, entonces, en objeto de muerte y expulsarlo definitivamente del cuerpo social sin ningún tipo de remordimiento.

La globalización descontrolada y el “factor asco”

En un contexto global de competencia y desigualdad descontrolada, se torna cada vez más difícil desarticular la compleja trama del racismo. Ante la pregunta de cómo maneja nuestra sociedad la falta de seguridad que ella misma produce, Zygmunt Bauman arriesgaba en un reportaje la siguiente respuesta:

Una de las estrategias que implementan las sociedades actuales para manejar sus propios miedos y angustias es el desplazamiento (...) es decir que en vez de temer a la globalización descontrolada y a la fragilidad que ella misma produce, el terror se deposita en sus productos o emergentes: los refugiados, los inmigrantes, los pobres (cit. en Pavón, H., 2009: 8).

Según la escritora peruana Silva Rocío Santisteban, estos “intrusos” serían las principales víctimas propiciatorias del “factor asco”:

de la sociedad argentina identificados con el modelo de nación “blanca y europea” instaurado después de Pavón-, “habían asaltado la ciudad como bárbaros, codeándose con la gente decente y haciendo gala de su mal gusto”.

⁵ En los cómics o en las películas del género fantástico, hay “mutantes” buenos y otros malos. En estas ficciones, un “mutante” es un ser que ha sufrido una modificación genética, tiene poderes especiales y ya no se lo puede considerar totalmente humano; representa, en suma, una abominación o aberración de la especie. Como una forma de nombrar al “otro”, el término comenzó a ser usado por la policía para apodar a los malvivientes, quedando exceptuados de esta clasificación los delincuentes de “guante blanco”. Amplios sectores de nuestra sociedad -receptivos a los mensajes de inseguridad que propalan los medios de comunicación- se apropiaron de este estereotipo y empezaron a usarlo indiscriminadamente para referirse a un conjunto muy vasto y heterogéneo de personas, cuyo principal rasgo en común son la pobreza estructural y el desempleo crónico: cuidacoches, sectores populares que habitan villas miserias, familias que reciben planes sociales, militantes del movimiento piquetero, inmigrantes del interior o de países limítrofes, niños y adultos en situación de calle, músicos y cantantes de cumbia villera, devotos del Gauchito Gil y de San La Muerte, algunos fieles de iglesias Evangélicas – Pentecostales etc. En la figura del “mutante” confluyen así, los dos límites a los que alude Ricardo Piglia: representa una amenaza y es, al mismo tiempo, un enigma indescifrable.

Así como los países del norte convierten a los países del sur en verdaderas cloacas donde tiran toda su basura industrial, las clases más acomodadas de los países periféricos reproducen este mecanismo transformando en basura, es decir, en materia prescindible, a sus clases más empobrecidas (cit. en Chababo, R., 2009: 6).

La responsabilidad por el otro despojado

Toda relación social que implique inferiorización, discriminación y explotación de los otros –no importa si los “argumentos” que se invoquen para justificar dicha inferiorización sean de índole racial, biológica, cultural o social- es racismo. De acuerdo con el antropólogo argentino Eduardo Menéndez, el racismo es el modo “natural” que usamos en nuestras sociedades para vincularnos con otras formas socioculturales.

En mi opinión –y desde luego, no pretendo que todos los colegas vayan a estar de acuerdo conmigo en este punto-, el enfoque antropológico actual está más interesado en comprender que en juzgar, privilegiando sobre todo la empatía con aquellos que, a lo largo y ancho del mundo, han tenido que cargar con la cruz y soportar los azotes de los más poderosos e inicuos.

Adoptar dicho enfoque, nos daría la oportunidad de comenzar a desarticular la compleja trama de racismo naturalizado en el que todos –en mayor o menor grado- participamos, y de asumir, de una vez por todas, nuestra impostergable responsabilidad para con el otro despojado. La misma responsabilidad hacia el prójimo que nos exigía Emmanuel Lévinas como condición para ser una persona de bien. Fundamento más que necesario para la construcción de un proyecto emancipador.

Fuentes consultadas

Bastide, R. (1973). “El prójimo y el extraño”, editorial Amorrortu, Buenos Aires, Argentina.

Cambaceres, E. (1967). “En la sangre”, editorial EUDEBA, serie del siglo y medio, Buenos Aires, Argentina.

Castoriadis, C. (1993). “Reflexiones sobre el racismo”, en: *El mundo fragmentado*, editorial Altamira, colección Caronte Ensayos, Montevideo, Uruguay.

Chababo, R. (11/01/2009). “El otro como construcción temible”, en:

La Capital, suplemento Señales, Rosario, Argentina.

Dubet, F. (2015). "¿Por qué preferimos la desigualdad?", editorial Siglo XXI, Buenos Aires, Argentina.

Eco, U. (2013). "Construir al enemigo", editorial Lumen, Buenos Aires, Argentina.

Grimson, A. (2013). "Fronteras y extranjeros: desde la antropología y la comunicación", en: *Extranjeros en la tecnología y en la cultura*, editorial Ariel, colección Fundación Telefónica, Buenos Aires, Argentina.

Halperin, J. (09/05/1993). "Bandidos, locos y fundamentalistas", entrevista a Ricardo Piglia, en: *Clarín*, Buenos Aires, Argentina.

Mazzattelle, L. y Sabarots, H. (2010). "Poder, racismo y exclusión", en: *Antropología*, compilación a cargo de Mirta Lischetti, editorial EUDEBA, Buenos Aires, Argentina.

Menéndez, E. (1972). "Racismo, colonialismo y violencia científica", en: *revista Transformaciones*, número 47, editorial CEAL (Centro Editor de América Latina), Buenos Aires, Argentina.

Pavón, H. (18/07/2009). "El Estado Benefactor volvió para los ricos", entrevista a Zygmunt Bauman, en: *revista Ñ*, Buenos Aires, Argentina.

Ramos Mejía, J.M. (2012). "Las multitudes argentinas", editorial Fondo Nacional de las Artes, Buenos Aires, Argentina.

Villalpando, W. (2005). "La discriminación en la Argentina", editorial INADI, Buenos Aires, Argentina.